

LA CONJURA DE LOS FÓBICOS

El debate transversal fue uno de los primeros síntomas que trajo el renacimiento del compromiso. Estimulado por diferentes sucesos, el proceso de repolitización de la sociedad recibe ataques: ay que la división, ay que el enfrentamiento. De la crispación al sistema político revitalizado.

Desde el conflicto del campo hasta la actualidad, varios son los analistas, periodistas, publicistas, políticos e intelectuales, que insisten con la idea de que Argentina está presa de la crispación política, acorralada por el odio y el resentimiento. Según esta narrativa, una supuesta atmósfera densa y agresiva estaría cortando a la sociedad en dos: oficialistas y opositores. Mesas familiares, asados entre amigos, mateadas con compañeros de la universidad, serían hoy sólo un recuerdo romántico del pasado. Encuentros imposibles de realizar, dicen, entre tanta vena política abierta.

Más allá de la construcción discursiva-sostenida en las campañas electorales de Francisco de Narváez ("Ella o Vos") y Margarita Stolbizer ("Argen vs Tina")-, lo que realmente evidencia este mensaje es su fobia. Un rechazo radical al proceso de repolitización emprendido por la ciudadanía después de la debacle del 2001.

Ese renacimiento del compromiso, claro, luego se vio estimulado por diferentes sucesos. El ascenso de distintos gobiernos de corte progresista a nivel regional; la llegada de Néstor Kirchner, que, con sus errores y aciertos, colocó nuevamente al Estado como centro de gravedad de la democracia y recuperó instituciones hundidas en el escepticismo ciudadano, como la Corte Suprema de Justicia y el Congreso de la Nación; y el ingreso al aje-

rez de actores políticos marginados por el neoliberalismo –trabajadores, movimientos de desocupados, organismos de derechos humanos, universidades públicas–, con un gran arraigo popular, son sólo algunos de los factores que explican esta maduración democrática.

El debate transversal fue uno de los primeros síntomas de este progreso. Diferentes estratos de la sociedad se fueron involucrando paulatinamente en el intercambio de ideas, posturas y alegatos. A los sectores populares, que desde el regreso a la democracia venían entrenando en las calles su garganta, se sumaron la heterogénea clase media y, hasta inclusive, sectores del vértice de la pirámide social. Una de las fracturas que, sin duda, prolongó numerosas sobremesas de estas últimas dos esferas fue la reapertura de los juicios contra los represores de la última dictadura militar. Excepto un puñado de nostálgicos de las botas largas y los Falcon verdes, el apoyo fue total. Unánime. Se produjo un feedback perfecto, impensado años atrás: la clase política absorbía el mensaje de la calle y lo materializaba en ley. Y esto cobra vital importancia porque atestigua uno de los primeros acercamientos, desde el regreso a la democracia, entre la clase política y el pueblo.

Cuando sucedió el conflicto con el sector agropecuario, varios decodifi-

A los sectores populares, que desde el regreso a la democracia venían entrenando en las calles su garganta, se sumaron la heterogénea clase media y, hasta inclusive, sectores del vértice de la pirámide social.

caron la pugna en una antinomia Gobierno/ Campo. Claro error de una lectura política superficial. En verdad lo que subyacía al enfrentamiento, era la manera en que deseábamos encajar nuestra economía en el rompecabezas del capitalismo mundial: a través de la exportación de materias primas e importación de productos manufacturados (modelo agroexportador), o, en diferente sentido, mediante el autoabastecimiento energético y alimenticio y la producción de productos con valor añadido (modelo industrial). Una puja que se remota a la infancia de la Nación. ¿Qué matriz productiva debe impulsar el desarrollo del país? Este interrogante –aún en





El Congreso de la Nación y la Plaza de Mayo volvieron a ser los íconos de una política que ganó el espacio público.

trance— sirvió para empapar de un asunto sustancial al ciudadano a pie. Información indispensable y urgente para la conciencia cívica.

Otro de los termómetros que pusieron de relieve la repolitización de la sociedad argentina fue el compromiso juvenil. El retorno de los chicos a la militancia, luego de dos décadas monopolizadas por el “no te metas”. Partidos políticos, universidades, movimientos sociales y organismos de derechos humanos, hasta hoy, rebosan de militantes ansiosos por defender ideales, flamear banderas y plantar cara a los poderes fácticos. En las redes sociales los adolescentes convocan, pro-

Lo que algunos sectores llaman polarización o crispación, no es otra cosa que el proceso de repolitización de la sociedad. Un cambio cualitativo en el ADN argentino, caracterizado ahora por la emergencia del debate transversal

testan, disputan. Volvió el tuteo a las instituciones.

Insisto: lo que algunos sectores llaman polarización o crispación, no es otra cosa que el proceso de repolitización de la sociedad. Un cambio cualitativo en el ADN argentino, caracterizado ahora por la emergencia del debate transversal. Un salto hacia adelante que deja atrás el déficit democrático, marcado por el hiato entre instituciones y población, propio de la década del noventa, y se encamina —paulatinamente— hacia un superávit democrático, donde el pueblo es partícipe de las decisiones y, al mismo tiempo, genera continuamente demandas hacia un sistema político revitalizado.